

EDMUND GOSSE

Padre e hijo

Traducción de Luis de Terán

*Editorial Belvedere*



**Editorial  
Belvedere**

Título original: *Father and Son*

Primera edición: septiembre 2009

Traducido por Luis de Terán

Edición revisada por Enrique D. Cases

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: [editorial.belvedere@hotmail.com](mailto:editorial.belvedere@hotmail.com)

Diseño de la cubierta: Leticia Esteban

ISBN: 978-84-936533-6-1

Depósito legal: M. 34.851-2009

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

## CAPÍTULO I

Este libro es el relato de una lucha entre dos temperamentos, dos conciencias y casi dos épocas. Concluye, como era inevitable, con una ruptura. De los dos seres humanos de los cuales trata, uno estaba destinado a quedar rezagado; el otro, no podía evitar ser arrastrado siempre hacia delante. Llegó un momento en que no hablaban ya el mismo lenguaje, en que no compartían las mismas esperanzas y no les sostenían las mismas aspiraciones. El que aún vive tiene, por lo menos, el consuelo de pensar que, hasta el fin, se conservaron mutuamente sentimientos de respeto y una melancólica indulgencia.

Su afición recíproca se vio asaltada por fuerzas a cuyo lado no son nada los cambios producidos por la enfermedad, la ausencia o los reveses de fortuna. Es una dolorosa satisfacción el que ambos fueran capaces de obedecer a la ley que manda honrar y mantener los estrechos lazos de la familia. Si no hubiera sido así, nunca se habría contado esta historia.

La lucha empezó temprano, pero, evidentemente, no desde la primera infancia. Para dar a conocer a mis lectores las condiciones de vida, bastante extraordinarias, de estas dos personas y dar una idea de sus temperamentos, que eran tal vez radicalmente opuestos, es necesario contar con toda sinceridad e independencia lo que yo puedo recordar, y añadir algunos detalles que debo, como se verá, a tradiciones de familia.

Pobres, pero de buena familia, mis padres ya no eran jóvenes; vivían aislados, y mostraban una sensibilidad extrema y altiva de la que no se daban cuenta. Perteneían a lo que se llama clase media, y, otro parecido más entre ellos, ambos descendían de familias que, después de haber gozado de mucha holgura en el siglo XVIII, habían perdido poco a poco su fortuna. En ambas casas había sido una disminución de la energía lo que había conducido a una disminución de la riqueza. En la familia de mi padre, el proceso fue lento; en la de mi madre fue muy rápido. Mi abuelo materno, nacido en la opulencia, compró en los primeros años del siglo XIX, inmediatamente después de casarse, una finca en el norte del país de Gales, en las laderas del monte Snowdon. Parece que allí vivió con grandes pretensiones; sostenía una jauría y daba fiestas extravagantes. Tenía una mujer que le animaba a esta vida de disipación y tres hijos; mi madre y sus dos hermanos. Hay que decir, en elogio de mi abuelo, que se dedicó mucho a la educación de sus hijos y que se proclamaba discípulo de Rousseau.<sup>1</sup> Sin embargo, no siguió con mucha fidelidad los principios del *Émile*, porque desde los primeros años, puso a su hija profesores que le enseñaron las cosas prohibidas por Rousseau: historia, literatura y lenguas extranjeras.

Mi madre era su favorita, y, en su vanidad paterna, se esforzó cuanto pudo en hacer de ella una persona cultivada. Leía griego, latín y hasta un poco de hebreo; y, lo que era más importante, se preparó su mente de modo que pudiera bastarse por sí misma. Pero sobre las cuestiones esenciales, mi madre tenía ideas diametralmente opuestas a las de sus padres, harto acomodaticias, demasiado amigos del lujo y de los goces de la vida. En unas notas íntimas que escribió al llegar a los treinta años, hace esta observación: «No me acuerdo del tiempo en que no amaba la religión». Más adelante, se sirve de frases más expresivas todavía: «Si he de datar mi conversión cuando, por primera vez, deseé y busqué la

<sup>1</sup> Jean-Jaques Rousseau (1712–1778), filósofo y escritor. En su influyente libro *Émile ou de l'Éducation* (1762) perfiló una educación ideal basada en la naturaleza y en la experiencia. (*N. del E.*)

santificación, tengo que volver a mi niñez; si he de retrasarla hasta mi último pecado voluntario, apenas ha comenzado». La vida consagrada a los placeres que llevaban sus padres le causaba un profundo disgusto, como en aquellos tiempos les ocurría a otras muchas jóvenes al despertar general de la conciencia; y cuando mi abuelo, que continuó con sus desenfrenados gastos hasta la ruina completa, se vio obligado a vender su finca y a vivir en la mayor indigencia, mi madre fue la única persona de la familia que no lamentó tal cambio. En cuanto a mí, creo que me hubiera gustado mi vituperado abuelo materno, aunque su conducta fuera ciertamente poco discreta. Murió a los ochenta años, cuando yo tenía apenas nueve meses.

Por una curiosa coincidencia, la vida llevó a mis padres, por caminos semejantes, a una concepción idéntica de la vida religiosa. Mi madre, que tuvo por punto de partida la Iglesia anglicana, y mi padre la Iglesia wesleyana, habían llegado, casi sin consejos, tras diversas tentativas teológicas, a la misma actitud frente a la diferentes Iglesias protestantes, concretamente, a una contemplación distante y objetiva. Dentro de los límites en que las sectas se hallaban de acuerdo con mis padres, las sectas eran luminosas; en todos aquellos puntos en que se alejaban de ellos, se deslizaban más o menos definitivamente a una penumbra cuya responsabilidad les incumbía, en tinieblas religiosas a las que mis padres no querían seguir. Así, por una selección razonada, mi padre y mi madre, sin violencia, se habían encontrado gradualmente, fuera de todas las comuniones protestantes y únicamente se encontraban con cierto número de calvinistas, extremados como ellos, en puntos que casi se podrían llamar negativos, sin sacerdotes, sin ritual, sin fiestas religiosas y sin ningún ornamento, fuera el que fuese; sólo la comunión y la explicación de las Sagradas Escrituras unían hasta cierto punto a aquellos espíritus austeros. Se llamaban a sí mismos, sencillamente, los hermanos, y la gente les daba el nombre más largo de hermanos de Plymouth.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Comunidad cristiana cuya primera congregación se estableció en Plymouth, Inglaterra, en 1831. (*N. del E.*)

La casualidad y la similitud de ideas juntaron a mis padres en las reuniones de hermanos. Ambos estaban solos, ambos eran pobres y ambos eran decididos en su independencia intelectual. Mi padre tenía cerca de treinta y ocho años, mi madre más de cuarenta y dos cuando se casaron. Desde un cuarto amueblado de las afueras, la llevó directamente a la casita de su madre, en el nordeste de Londres, sin un solo día de luna de miel. Mi padre era zoólogo y escritor de libros de historia natural; mi madre también escribía y ya había publicado dos tomitos de poesías religiosas; el primero, no sé cómo, tuvo cierto éxito porque llegó a una segunda edición. Más adelante consagró su pluma a obras populares de edificación. No hay palabras para expresar hasta qué punto eran diferentes, en sus miras, en sus costumbres, en sus ambiciones, a los escritores de nuestros días. Ninguno de los dos conocía la literatura contemporánea, ni se interesaba por sus manifestaciones. Para ambos, no había habido poetas desde Byron, y ninguno de los dos había leído una sola novela de aventuras desde los tiempos lejanos en que se sumían en las novelas de *Waverley*,<sup>3</sup> a medida que iban apareciendo. Consideraban las diferentes formas de la literatura de imaginación científica únicamente como medios de perfeccionamiento moral que habían de tener al estudiante alejado del mundo, poner en juego todas sus facultades y permitirle ganarse la vida. Pero sólo hallaban verdadero placer en la palabra de Dios y en las interminables discusiones de consagrarse en cuanto habían terminado el trabajo del día.

En este raro hogar, la venida de un hijo no fue aceptada con alegría, sino soportada con resignación. Mi padre consignó este acontecimiento en su diario, así:

E. ha dado luz a un hijo. He recibido la golondrina verde de Jamaica.

<sup>3</sup> Novelas de corte histórico de sir Walter Scott (1771–1832), la primera de las cuales se titulaba *Waverley* (1814). (*N. del E.*)

Esta nota ha divertido a muchas personas; parece indicar que tanto le interesaba el pájaro como el hijo. Pero no es que se deduzca necesariamente, y tal fórmula prueba, sobre todo, la exactitud meticulosa de mi padre. Aquel día, la golondrina llegó y el primer visitante fue inscrito primero. Mi padre lo hacía todo escrupulosamente.

Mucho tiempo después me contó que mi madre sufrió mucho en mi nacimiento y que, como yo no había dado ningún grito, me creyeron muerto. Me dejaron olvidado en otra cama de la habitación, y todos los cuidados y atenciones se dedicaron a mi madre. Una anciana que, por casualidad, se encontraba allí, se acordó de mí y se esforzó en volverme a la vida. Lo consiguió, y después el médico la felicitó por su habilidad. Mi padre, cuando me contó la historia, no conseguía acordarse del nombre de la mujer que me había salvado. Hubiera deseado vehementemente saber quién fue; ensalzo y bendigo con todo mi corazón a esa anciana desconocida, a la que debo conocer el embriagador encanto de la vida, sus agitaciones, sus deseos inquietos, sus múltiples placeres y hasta sus penas y sufrimientos.

Mi madre estuvo seis semanas sin poder salir de su cuarto. El día en que salió fue solemne y constituyó una especie de presentación en el templo. El señor Balfour, ministro de nuestra congregación, celebró un servicio íntimo en nuestra sala y «rezó para que el niño perteneciese para siempre al Señor». Fue el primer acto de una *consagración* que mis padres no olvidaron nunca y cuyos resultados relatarán las páginas que van a seguir. Echaron así, sobre mi espíritu débil y todavía inconsciente, un ropaje brillante, un velo ligero, pero impermeable, que debía, así lo esperaban, «preservarme de las manchas del mundo».

Hasta entonces, la madre de mi padre había vivido en la casa y llevado todo el peso de la misma. Consintió entonces en dejarnos. Hay que reconocer que su marcha fue un alivio para mi madre porque mi abuela paterna era una mujer enérgica e imperiosa, llena de exigencias, colérica y práctica, para la que no existían los intereses intelectuales. Su nuera, de maneras dulces, de aspecto etéreo, y cuyo pelo dorado y delicado cutis raramente

contrastaban, sin duda, con sus mejillas rubicundas y sus bucles negros, poseía, sin embargo, una voluntad tan resistente como el acero. Se entendieron mucho mejor viviendo separadas. Mi abuela se instaló cerca de nosotros, en una casa soleada, en donde vivía rodeada de sus tesoros de familia: algunos muebles del siglo XVIII, miniaturas y brillantes porcelanas colocados en estantes.

Entregado a los únicos cuidados de mi madre, me convertí en objeto de su solicitud; pero a esos felices instintos animales que sostienen la fuerza y la paciencia de toda verdadera madre, y que se notaban siempre presentes en ella, se mezclaban ciertas resoluciones espirituales que pocas veces se encuentran. Tienen una vaga relación con la de muchas madres piadosas, pero son pocas las madres que persiguen su fin en todos sus detalles con una voluntad tan firme. Me lo han revelado sus notas íntimas consignadas en un librito; notas que hoy, a casi sesenta años de distancia, las ven por primera vez ojos que no son los suyos. He aquí lo que ella escribía cuando yo tenía dos meses:

Se lo hemos entregado al Señor, y confiamos en que si llega a la edad de hombre, el Todopoderoso manifestará claramente que le ha elegido por suyo. Si el Señor nos lo quita pronto, no dudaremos de que se lo ha llevado consigo. Sin embargo, si al Señor le place llevárselo, espero que nos evite el dolor de verle mucho tiempo enfermo, presa de grandes sufrimientos. Pero en esto, como en todo, su voluntad vale más que cuanto pudiéramos elegir. Que la vida de nuestro hijo sea larga o no, ya ha sido una bendición para nosotros y para los santos, pues nos ha inducido a orar mucho y nos ha supuesto numerosas dificultades y algunas pruebas.

Esta última frase me resulta algo oscura. A mis lectores les sorprenderá y les intrigará, tal vez como a mí, saber de qué manera, a una edad tan tierna, pude ser una bendición para los «santos». Se daba este nombre a los amigos que se reunían todos los domingos para la Sagrada Comunión, y, varias veces por semana, para orar y comentar las Escrituras en la salita alquilada de Hackney, lugar que frecuentaban mis padres. Supongo que mi



solemne consagración al Señor, repetida en público, en brazos de mi madre, como no era una ceremonia prescrita y habitual entre los hermanos, despertó cierta curiosidad y un fervor especial en los servicios subsiguientes o, por lo menos, que el corazón amante y prevenido de mi madre se lo imaginó. Sin embargo, ella, que siempre había vivido tan aislada, pretextó los cuidados que tenía que dar a un hijo para vivir más que nunca en el retiro y el silencio. Ya no encontraba apoyo espiritual y simpatía intelectual entre las personas piadosas que se reunían en la sala; así desiguaban nuestra modesta capilla. Escribió:

No creo que aumentara mi felicidad vivir en medio de los santos de Hackney. Estoy decidida a consagrarme por completo al niño este invierno, y a no aceptar invitación alguna; iré los domingos que pueda a las reuniones de la mañana y también a ver a mi madre.

Desde entonces llevó una vida extremadamente monótona; pero parece que fue feliz. Pasaba los días cuidándome y aleccionando a una sola criada. Mi padre estaba siempre en su despacho; dibujaba, disecaba, sentado, sin duda, ya entonces como me acostumbré a verle más adelante, completamente inmóvil, mirando por el microscopio, veinte minutos seguidos. Así pasaba la mayor parte de los días de la semana; los domingos predicaba, por lo general, uno o dos sermones improvisados. Sus trabajos de los días laborables se vieron recompensados con los elogios del mundo sabio, que le importaban muy poco, y con pequeñas cantidades de dinero, que le eran mucho más necesarias. Por lo menos, durante los tres años siguientes a su boda, mis padres no salieron de Londres un solo día porque no podían permitirse los menores gastos de viaje. Apenas si recibían algunas visitas; no comían nunca fuera de su casa, ni tampoco pasaban una velada de relaciones sociales. Después de comer, discutían de teología, leían juntos o traducían libros científicos franceses o alemanes. Ésta debía ser una vida terrible de privaciones y de labor dura. No hay duda alguna de que físicamente no era muy sana; pero no por ello

mis padres dejaban de experimentar una satisfacción completa y sincera. Durante este año, que fue uno de los más difíciles desde el punto de vista pecuniario (yo tenía entonces un año), mis padres intentaron salir de Londres. Mi madre escribió en sus notas íntimas:

Somos felices y estamos contentos porque poseemos todo lo que es necesario y agradable, y nuestra casa está santificada por nosotros con dulces asociaciones. Vivimos solos y gozamos de nuestra compañía mutua. Si nos mudamos, ya no estaremos solos. Quizá sería mejor para el niño, porque estaríamos más tiempo en el campo. Yo no deseo tener que elegir, porque como no sé lo que nos convendría más y Dios lo sabe, deseo entregarme por completo a su voluntad; si no es su voluntad que nos mudemos, suscitará objeciones y dificultades; si, por el contrario, lo quiere, infundirá en el corazón de Henry (mi padre) el vivo deseo de tomar esta resolución, y entonces, cualquiera que sea el resultado, dejémoslo todo en sus manos y no lo sintamos.

Nadie que conozca el corazón humano tomará esta actitud resignada por una falta de decisión. No es debilidad de carácter, sino pura abnegación; un acto completamente voluntario. Mi madre, bajo la exquisita afabilidad de sus maneras, ocultaba una rigurosidad espiritual que se manifestaba por una constante renuncia a su propia voluntad.

Le bastaba con darse cuenta de que deseaba una cosa, para sacrificarla definitivamente y someterla sin vacilación a lo que consideraba como la voluntad de Dios.

Tal vez es para mí el momento de decir que, sin saberlo, ejerció por aquella época y, de hecho, hasta la hora de su muerte, un poder magnético sobre la voluntad de mi padre. Ambos tenían caracteres firmes, pero el de mi madre era, sin disputa, el más firme. Ella fue la que hizo que mi padre tomara cierta posición definida, que conservó hasta después de mucho tiempo de haber desaparecido lo que fue la causa. Desde entonces, durante la larga lucha que tendré que relatar, el sagrado recuerdo de la voluntad

de mi madre se abatió sobre mi padre, y le apremió y alentó a continuar sin desfallecimientos la tarea de la que ella fue la instigadora. Cuando llegó la inevitable ruptura, lo indeciblemente doloroso para el hijo fue sentir que se separaba, no sólo de su padre, sino también de su madre.

Mi madre era puritana hasta el fondo de su alma. Ni una sola palabra escapada de sus labios, ni una frase de su diario deja nunca adivinar que tuviera que soportar privación alguna. Parecía fuerte y de buena salud. También yo era de temperamento sano; el único cuya salud dejaba que desear fue mi padre; tuvo una crisis aguda de dispepsia nerviosa. Por aquella época hubo un ligero aumento en nuestros recursos, y, al cumplir yo los tres años, pudimos disfrutar de vacaciones y pasar cerca de nueve meses en Devonshire. Desde entonces, mis padres renunciaron a aislarse en una labor sin descanso, y cuando volvimos a Londres se mostraron menos exclusivos y menos completamente olvidados del mundo que los olvidaba. Esto fue más relativo que positivo; no sintieron nunca la necesidad de dejar su caverna por una Tebaida<sup>4</sup> intelectual; mis recuerdos lo probarán con creces; pero cada uno de ellos se vio obligado por las circunstancias a manifestarse más o menos abiertamente, y ninguno de los dos podía ya seguir ignorando el mundo que les rodeaba.

No he de hacer yo la biografía de mis padres. Cada uno de ellos se hizo célebre, hasta cierto punto; cada cual originó discusiones bastante vivas entre sus contemporáneos porque, cada cual en su círculo especial de lectores, fueron bastante conocidos hace medio siglo. Precisamente porque estaban dotados ambos de un espíritu vigoroso y de un talento poco corriente, el contraste entre su punto de vista espiritual y el de las gentes del mismo mundo es hoy interesante y puede ser instructivo. Sin embargo, este libro no es nueva biografía de personajes conocidos que han teni-

<sup>4</sup> Estacio, poeta romano, escribió *La Tebaida*, un poema épico en doce libros en el que describe la lucha entre los hermanos Polinices y Eteocles por el trono de Tebas. (*N. del E.*)

do ya más de un biógrafo.<sup>5</sup> Mi deber, tal como lo comprendo, es otro:

Éste es el punto de vista del mundo;  
así fue como todos los hombres los vieron, los alabaron, creyeron conocerlos;  
yo, unas veces me mantenía reservado, otras los alababa,  
a mi manera me atrevo a formularlo.  
Pero este libro es un examen diferente, es un estudio del otro lado, las nuevas  
silenciosas luces plateadas, y tinieblas que nadie ha soñado.<sup>6</sup>

Es la descripción de un estado de alma bastante frecuente antaño en la Europa protestante, y del que mis padres fueron tal vez los últimos representantes entre las personas influyentes y cultas.

Una vida de familia, fundada en tales principios era, evidentemente, para un niño, un medio muy particular. Se me permitirá que pase revista a los rasgos esenciales. Pureza perfecta, intrepidez indomable y abnegación absoluta; pero también estrechez de miras, aislamiento, carencia de perspectiva y, sea dicho francamente, ausencia de simpatía humana. Mis padres presentaban una curiosa mezcla de humildad y arrogancia; una entera resignación a la voluntad de Dios y un desdén no menos completo del juicio y de la opinión de los hombres. Mis padres fundaban cada acción y cada actitud en la interpretación de las Escrituras y en la sumisión a la voluntad divina tal como se revelaba directamente a ellos en respuesta a sus oraciones. Así, cada vez que se encontraban frente a un dilema, exclamaban: «¡Expongamos nuestras dificultades al Señor!».

<sup>5</sup> La vida de Emily Gosse fue descrita en *Tell Jesus*, de Anna Shipton (1863) y en *A Memorial of the Last Day on Earth of Emily Gosse* (1857). El propio Edmund Gosse escribió la biografía de su padre en *Life of Philip Henry Gosse FRS* (1890). (*N. del E.*)

<sup>6</sup> Fragmento perteneciente a la estrofa XVIII de *One Word More* de Robert Browning (1812-1889), poeta y dramaturgo inglés. (*N. del E.*)

Estaban tan seguros de la realidad de sus relaciones con Dios que no pedían otro guía. No reconocían en la tierra ninguna autoridad espiritual ni se sometían a ningún sacerdote o pastor, y no tomaban en consideración ninguna de las manifestaciones corrientes de la opinión religiosa. Vivían en una celda intelectual limitada en todas partes por las paredes de su casa, pero abierta por arriba a lo infinito de los cielos.

He aquí el medio en que el alma de un niño se encontró puesta, no sobre un simple tapiz de flores a cielo abierto, ni en un jardín celosamente cuidado, sino en un reborde tallado en el jardín de una montaña, y suspendido entre la noche y la nieve de un lado y las profundidades vertiginosas del mundo del otro, con el espacio justo de suelo para permitir a una genciana elevarse penosamente hacia el cielo y abrir su rígida estrella azul sin ofrecer ningún reflejo, ninguna esperanza de salvación, a la grácil raíz que intentara traspasar sus inexorables límites.

*Editorial Belvedere*